

## La Casa de Enfrente

Los García vivían en la casa del frente. Una casa de estilo colonial que siempre había observado con una pizca de envidia, los dos pisos de la casa y su elemento mágico me hacía fantasear. El diseño con detalles y colores vibrantes la hacían estar en el centro de todos los cuentos de princesa que mi mamá solía leerme y de algún modo la idea nunca se fue de mi cabeza. La reja de color blanco, con puntas ondulantes que no sobrepasaban el metro no hacían nada para ocultar lo que vivían los García.

Los García solo eran tres, me imaginaba que la casa emitía calma. Don García, el más serio de todos, siempre cargaba un maletín y salía todas las mañanas manejando un auto de color negro. El único momento en que la emoción cruzaba su rostro era al esperar a su hija cada mañana para dirigirse al colegio. Cristina García tenía el pelo más largo que yo, tenía el rostro con un poco de acné al igual que yo, pero mi mamá insistía en que era por la edad. Cristina era la viva imagen de su madre, como le gustaba decir a mi mamá cada vez que los saludábamos.

—¡Cristina está tan grande! —decía siempre sorprendida y terminaba agregando con una mirada entre nostalgia y pena —¡Como pasa el tiempo...!

Doña García era una mujer delgada, que me parecía hasta frágil. Apenas quedaba a solas con la casa, caminaba hasta el patio y trabajaba en las flores que había cultivado desde que la conocía. Cada vez que mi mamá levantaba una mano efusiva para saludarla le sonreía de vuelta con calidez y reserva. Si tuviera que describirla lo haría con esas dos palabras.

Fue hace dos años que los García dejaron de vivir en la casa del frente. Los colores ya no son vibrantes, de las flores ya no queda más que la maleza que se empeña en pasar por entremedio de los barrote. Y es que, en el invierno de hace dos años, los García dejaron de ver los ojos de su hija. Ese día la rutina tan usual a la que estaba acostumbrada no sucedió igual por la tarde. Cuando hubo llegado la noche el auto de don García no llegó, y las luces no iluminaron la casa. La imagen del diario al día siguiente nos observaba de vuelta con el mismo impacto, el auto negro y abollado, rodeado de escarcha, mostraba en blanco y negro el rostro en profundo horror de don García con la mirada perdida hacía la ambulancia. Cristina estaba viva, sin embargo, no del todo, y según lo que los médicos decían no volvería a estarlo. No volvería a caminar, sonreír o siquiera soñar.

Vi a don García volver a su casa junto a su esposa, en un abrazo donde no sabía cuál de los dos se sostenía en el otro. Espaldas gachas, pasos letárgicos y rostros ensombrecidos, se sumergieron

en la casa, pero ninguna de las luces fue encendida, incluso cuando ya no quedaba un atisbo de sol en el cielo. Recuerdo pensar en la pena que me provocaba pensar en su situación, ver a alguien que quería debatirse en un limbo que no la dejaba estar del todo viva, pero tampoco le permitía morir del todo. Comencé a pensar más seguido y de cerca en las cosas que mi cuerpo permitía que hiciera que venían con tanta facilidad. Comencé a sentir agujijones de culpa por poder hacerlas, porque Cristina tenía mi edad, pero no podría volver a hacerlas. Comencé a sentir un deje de amargura por la juventud arrebatada de Cristina. Y si yo sentía todo eso con mi corazón extranjero, no podía imaginar lo que sentirían los García que tenían el corazón amarrado a Cristina.

Las plantas del patio de la casa del frente reemplazaron el verde por el amarillo y otras de ellas simplemente murieron. Los García intentaban vivir, pero me imaginaba que después de perder un pedazo tan grande no había de ser fácil enfrentarse todos los días a estar despiertos. Y el hecho de que existieran personas que esperaban un donante desesperadamente y los miraran a ellos como un milagro no les ayudaba a levantar la presión de sus cabezas.

“La esperanza es lo último que se pierde” decía tercamente mi mamá, insistiendo en que podría despertar, que si su hija estuviera en esa camilla ella se aferraría como nunca a esa esperanza. Tomando el té fue que doña García le contó a ella la negativa inmediata de don García quien se aferraba a la tenue vida que aún conservaba Cristina.

—Hay veces en que me parece que sufre más estando así sin poder hablarnos ni mirarnos —dijo un día doña García con voz desolada —Lo único que la mantiene acá es la ilusión de nosotros... pero yo no sé si eso sea lo mejor.

El dolor en sus palabras era palpable en el aire de la cocina mezclado con el olor a hierbas, el dejar ir una vida tan intrínseca a la tuya no era algo que quisiera pasar nunca.

Nos enteramos de la decisión de los García por el diario, no fue un titular en primera plana sino una parte junto a la sección de reportajes. Los García habían tomado una decisión que terminaría por salvar al menos diez vidas a cambio de los ligeros latidos de Cristina. Don García había terminado por ceder los órganos de su hija a otras personas, había optado por ceder un regalo inmenso que conllevó para él una pena mayor aún, abandonar su propia esperanza para obsequiársela a otras familias. Como había escuchado algunas veces en el colegio los García dieron hasta que les dolió. Don García se negó a conocer a las familias beneficiadas por un tiempo, pero estaba segura de que luego de que sanara lograría ver la magnitud del gesto, se permitiría conocer la ilusión que había ayudado a plantar y vería el respiro que habían soplado en otros.

Nombre Completo: Daniela Belén Andrade Barra

Seudónimo: Ayún Negrón

Correo Electrónico: [d.andradeb@hotmail.com](mailto:d.andradeb@hotmail.com)

Número de Contacto: +56 9 56937815

Carrera: Pedagogía en inglés

Sede: Puerto Montt

Título: Profesora de Idioma Extranjero Inglés